

Presentación

PABLO POZZI y VALERIA CARBONE

Buena parte de los analistas e historiadores, durante las últimas dos décadas, consideró que en lo económico, Estados Unidos ha sido no solo saludable sino básicamente exitoso. Así, la gran mayoría estaba de acuerdo cuando, el 8 de junio de 2007, el grupo de los ocho países más ricos (G8) declaró que «la economía mundial está en buenas condiciones y su crecimiento se encuentra distribuido de forma más equilibrada a través de las regiones». Y agregó que habría «un suave reajuste de los desequilibrios globales que debería ocurrir en un contexto de un crecimiento económico sostenido y robusto».^[1] Dos meses más tarde los principios de un terremoto financiero sacudieron al mundo cuando se reveló la crisis de las hipotecas *sub-prime* en Estados Unidos en lo que el Fondo Monetario Internacional (FMI) describió como «la mayor crisis del sistema financiero desde la Gran Depresión de 1929».^[2] A partir de la crisis de 2008 muchos analistas regresaron al consenso anterior, considerando que había sido «algo pasajero», que el sistema se había corregido. Que el problema era mucho más profundo de lo pensado fue transparentado con la elección de Donald Trump en 2016, y luego con los 75 millones de votos (46.9 %) que obtuvo en

[1] *The Guardian Weekly*, 11 de julio de 2008.

[2] Heather Stewart, «We are in the worst financial crisis since Depression, says IMF», *The Guardian* (10 de abril de 2008), disponible en <<https://www.theguardian.com/business/2008/apr/10/useconomy.subprimecrisis>>.

2020. Al mismo tiempo, el brote de COVID-19 y la pandemia que generó revelaron la fragilidad de la gran potencia mundial.

El resultado de lo anterior es que las últimas dos décadas han visto la emergencia de nuevos desafíos a la hegemonía por parte de Estados Unidos. Estos son económicos, tecnológicos, militares, diplomáticos y políticos. De hecho, abarcan desde el surgimiento de viejos (Rusia) y nuevos protagonistas, como en el caso de China o la India, hasta nuevos nacionalismos como pueden ser los gobiernos de la «Ola Rosa» de América Latina. Estados Unidos tiene problemas y los desafíos a su poderío son cada vez mayores y más complejos.

Al mismo tiempo, la emergencia y el triunfo de Donald Trump revelan la profundidad de la crisis estadounidense. Por un lado, expresa el empobrecimiento de la sociedad y el quiebre de consensos. En particular, la consigna *Make America Great Again* (MAGA) implica que Estados Unidos ya no es más el país excepcional que supo ser. Para decenas de millones de ciudadanos, Estados Unidos no es la «tierra de la gran promesa», como decían los libros de historia del secundario en 1960.

Ahora, esta situación ha generado amplios debates. ¿Es Trump una nueva versión del fascismo? O sea, ¿es un neofascista? Depende de la definición del término. Claramente su discurso y sus formas recuerdan a Adolf Hitler. Al decir de la politología estadounidense, el fascismo es «típicamente una política de nacionalismo y racismo beligerante». [3] Pero si vamos a su contenido de clase la cuestión es más compleja. De hecho, Georgi Dimitrov señaló en 1935 que «es una peculiaridad del desarrollo del fascismo norteamericano que, en su fase actual, emerge principalmente bajo el disfraz de la oposición al fascismo» para luego insistir que «es la dictadura terrorista declarada de los elementos más reaccionarios, más nacionlistas, más imperialistas del capital financiero». [4] En esto Hillary

[3] The American Heritage, *Dictionary of the English Language*, 5.^a ed., Boston: Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company, 2015.

[4] Giorgi Dimitrov, «La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional Comunista en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo», en *VII Congreso de la Internacional Comunista, Fascismo, democracia y frente popular*, Ciudad de México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1984, pág. 178.

Clinton se acerca al fascismo más que Trump. Pero la realidad es que ambos parecen representar variaciones de la misma tendencia hacia la fascistización del sistema político estadounidense.

Para analistas como Norman Pollack y Paul Street, existe una fractura de clase basada en donde los afectados por las políticas económicas del gobierno de Barack Obama prefieren a cualquiera que insista en «proteger» al trabajo y la industria nacional, aunque sea «horrible» en lo cultural, y no a los demócratas neoliberales. Este sector es el que sigue sufriendo la crisis de 2008. En cambio, para los sectores medios, y sobre todo los universitarios, individuos como Trump representan un peligro a sus conquistas sociales y culturales. Ellos opinan que el gobierno de Obama fue bueno y que avanzaba en la senda correcta. Trump vino a revertir esto. Para los trabajadores, por malo que sea Trump no va a ser peor que los demócratas con el *North American Free Trade Agreement* (NAFTA), el *Trans-Pacific Partnership* (TPP), y las guerras sin fin. En particular porque los sectores medios no parecen tomar muy en cuenta los intereses de los trabajadores y las minorías. Como señaló la activista afroestadounidense Jamilah Lemieux, al explicar por qué no iba a marchar en 2016 en contra de Trump: «¿dónde estaba toda esta gente blanca cuando nos movilizamos a Washington en 1995 y 1997?». [5] La periodista liberal Margaret Wente insistió que Trump quiere lo mismo que George W. Bush, y que si bien lo admite en público no es más machista ni más misógino que John F. Kennedy o Bill Clinton, o más racista que Richard Nixon y Ronald Reagan. Y recordó que millones de mujeres, que viven en pequeñas ciudades y pueblos cuya preocupación es la educación de sus hijos y cómo llegar a fin de mes, no tienen como preocupación central la misoginia del trumpismo. Al contrario, no hay que olvidar que Trump fue votado por 42 % de las mujeres y 53 % de las mujeres blancas. [6]

[5] Jamilah Lemieux, «Why I'm Skipping the Women's March on Washington», *Colorlines* (17 de enero de 2017), disponible en <<https://www.colorlines.com/articles/why-im-skipping-womens-march-washington-opened>>.

[6] Clair Jeffrey St, *Roaming Charges. Whotelash, White heat*, 11 de noviembre de 2016, disponible en <<https://www.counterpunch.org/2016/11/11/roaming-charges-whotelash-white-heat>>.

Pero la gran pregunta es no solo por qué tantos obreros votaron a Trump, sino por qué no eligen a alguien que en serio defienda sus intereses. Y aquí no hay que dejarse engañar por la prensa del *establishment*. Por un lado, muchísimos obreros estadounidenses –blancos, negros, latinos y asiáticos– no votan. En el mejor de los casos, en los últimos 50 años, solo vota el 52 % del padrón electoral que incluye solo al 80 % de los posibles votantes (el resto no están empadronados). Todos los estudios demuestran que los más ricos (porque total gobiernan por otros medios) y los más pobres (porque su voto no cambia nada) casi no votan. Ahora los trabajadores que sí votan están convencidos de que Trump no solo es un cambio importante sino que sí toma en cuenta sus intereses.^[7] Eso es difícil de ver porque la prensa se hace eco de los prejuicios raciales y la misoginia del candidato republicano, y rara vez refleja sus otras propuestas. Trump habla, desde un principio, de proteger el empleo, de subir salarios, de reducir el presupuesto militar y dejar de intervenir en el mundo, de crear trabajos y rechazar el NAFTA y el TPP, de que los ricos paguen más impuestos y que los trabajadores tengan protección laboral. Y encima denuncia a ricos y políticos como corruptos, mentirosos y sin principios. En su discurso claramente parece más pro obrero que el «socialista» Bernie Sanders, y ni hablar de Hillary o Joe Biden. Más aún, si bien la derecha del *Tea Party*, los evangélicos, y algunos grupos milicianos lo apoyan, no hay que olvidar que el Klu Klux Klan de California, los hermanos Koch (grandes financieros de la ultraderecha), Wall Street y todo el complejo militar industrial apoyaron a Hillary, primero, y luego a Biden. Y la media del votante tiene mucha conciencia de que esta es la gente que se enriquece con la crisis que continúa endémica desde 2008. Hillary y Biden son los candidatos del *establishment*, mientras que Trump si bien es multimillonario aparenta no ser parte de lo mismo.^[8]

[7] John Harris *et al.*, «Why People Vote Trump», *The Guardian* (12 de mayo de 2016), disponible en <<http://www.theguardian.com/commentisfree/video/2016/may/12/why-people-vote-donald-trump-indiana-death-american-dream-video>>.

[8] Angie Beeman, *Why Doesn't Middle America Trust Hillary? She Thinks She's Better Than Us and We Know It*, 26 de julio de 2016, disponible en

¿Y el racismo? La cuestión racial es una construcción ideada y fomentada desde los sectores dominantes para dividir a los trabajadores desde el siglo XVIII en adelante. El racismo se ha consolidado hasta el punto que integra la cultura estadounidense como un elemento central de la identidad. Al mismo tiempo hay que tomar en cuenta que el racismo es parte integral de la política de Estados Unidos a través de las *identity politics*. Gracias a estas se supone que Obama tiene los mismos intereses que un desempleado afro-estadounidense de Harlem, o que un multimillonario homosexual es igualito y sufre los mismos problemas que un gay trabajador. Por ende, parte del debate político actual es si un trans debe usar los baños públicos según su identidad de género, mientras se dejan totalmente de lado que son colectivos discriminados, perseguidos, y sufren niveles de pobreza y violencia desproporcionados con respecto al resto de la población.

En este contexto, Estados Unidos fomenta, y se ha convertido en receptor, de una ola migratoria mayor que la de 1900. Muchos de estos inmigrantes llegan escapando de condiciones de vida terribles y aun cuando sean muy explotados, les resulta mejor que la vida en los países de origen. Desde su perspectiva, la prioridad es mantener un trabajo, aunque mal pago y con pésimas condiciones laborales, a toda costa. El problema es que son reacios a la organización gremial, aceptan salarios y condiciones muy por debajo del mínimo y tienen escasos criterios de solidaridad de clase. El resultado es que la patronal los utiliza para eliminar conquistas laborales y bajar salarios. Lo que ve el obrero blanco y sindicalizado estadounidense es que estos inmigrantes vienen «a sacarles el trabajo». Eso se combina con la cultura del racismo, y la agresión sobre los trabajadores que les llega desde un Estado lejano, para conformar una mezcla central del populismo conservador de Trump. Este habla de limitar la inmigración, impedir que las empresas utilicen el NAFTA o el TPP para llevarse empleos a México o a Asia. Más aun, Trump utiliza la nostalgia de un inexistente pasado mejor. Él diría que, en 1950, antes de los inmigrantes, «estábamos bien» y Estados Unidos era un gran país, y ahora con un presidente demócrata

(y negro en el caso de Obama) están inundados de inmigrantes, crimen, droga y encima los trabajadores son enviados a morir en tierras lejanas defendiendo régimenes corruptos y autoritarios. Y tiene cierta razón: si bien en 1950 Estados Unidos no era el país que él proclama, la sociedad está inundada de crimen y drogas, con un altísimo desempleo y un cuarto de la población bajo la línea de pobreza. Obama, el presidente «del cambio», empeoró muchas cosas, excepto para los sectores medios altos y los más ricos.

Ahora, ¿por qué le creen? Al fin de cuentas, Trump es un multimillonario cuya fortuna (que no heredó) la hizo explotando a trabajadores, sean estos inmigrantes o nativos. En realidad, lo que dicen los diversos testimonios y entrevistas con los «trumpistas» es que no le creen mucho que digamos. Lo que sí es que canaliza la rabia contra el *establishment* político y económico que representan políticos tradicionales como Biden o Hillary. En cierto sentido, Trump institucionaliza sentimientos clasistas que de otra forma podrían derivar, quizás, en alternativas antisistémicas. No es el primero en hacer esto. En 1968 lo hizo George Wallace por derecha, en 1988 Jesse Jackson por izquierda, y en 1992 Ross Perot por derecha una vez más. La diferencia es que Trump es muchísimo más virulento en atacar a ese *establishment* que sus predecesores. ¿Y por qué no lo apoyaron a Sanders? Algunos, sobre todo los trabajadores más jóvenes y politizados sí lo hicieron. Pero para la mayoría, el discurso de Sanders, si bien no era el del *establishment*, tampoco era de enfrentamiento directo con el mismo.

La elección del 2020 parece haber solidificado la fractura social estadounidense. Lo primero a considerar es que votaron casi 158.4 millones de personas, sobre una población de 331 millones.^[9] Es interesante considerar que más o menos 82 % son residentes en zonas urbanas, un porcentaje bajo para un país industrializado del primer mundo. Del total de habitantes, 22 % son menores de 18 años y no pueden votar. Eso implica que 258 millones podrían conceiblemente empadronarse y emitir su voto. Pero como el voto no es obligatorio, más o menos 20 % no están empadronados.

[9] Drew DeSilver, *Turnout Soared in 2020 As Nearly Two-Thirds of Eligible U.S. Voters Cast Ballots for President*, 28 de enero de 2021, disponible en <<https://www.pewresearch.org/fact-tank/2021/01/28/turnout-soared-in-2020-as-nearly-two-thirds-of-eligible-u-s-voters-cast-ballots-for-president>>.

Eso deja un universo de posibles votantes empadronados de 200 millones de personas. O sea, a pesar de las numerosas disputas cerca de 19 % de los empadronados no se molestaron en emitir su voto, mientras que 161 millones si lo hicieron. En el contexto de la polarización, y la fuerte lucha entre ambos partidos mayoritarios esto señala la existencia de una profunda anomia política, sobre todo si a los no votantes agregamos aquellos que ni se molestaron en empadronarse. Esos no votantes no lo hacen porque ninguno de los posibles ganadores va a cambiar su vida. El resultado es que se votó por encima del 81 % del padrón (un récord histórico, aunque mis colegas insisten que votó el 71 % del padrón, pero no sé cómo hacen el cálculo), pero solo un 60 % del universo posible. El gran triunfo de Biden representó que solo un 35 % de los posibles votantes lo eligieron. Lo cual implica un profundo problema para la democracia estadounidense: la vasta mayoría no participa del sistema político ni se encuentra representada por el presidente electo (ni Biden, ni los anteriores).

Pero volvamos a Trump y los trumpistas. Aun perdiendo, los 71 millones de personas que votaron por él son más de los que votaron por Obama en 2008 y 2012. Son muchos millones para ser todos *chumps* (personas fáciles de engañar) o *rednecks* (el término peyorativo que se utiliza para referir a los trabajadores blancos rurales, de clase baja y de niveles educativos que no superan los de la escuela media). En particular, porque cuando revisamos los datos encontramos que tan tontos no son. Primero porque tenían la opción de un fiel representante de las políticas que los habían empobrecido durante tres décadas. En cambio, Trump siempre admitió la decadencia de Estados Unidos mientras prometía solucionarla. A diferencia de los sectores progresistas, que hablan el lenguaje de las políticas de identidad, Trump lo hace en el lenguaje tradicional del nacionalismo patrioterio. Cuando acusa al *establishment* de no defender a los trabajadores, tiene razón. A diferencia de Obama con la crisis de 2008, Trump hizo que el Estado gastara un billón (trillón para ellos) de dólares para ayudar directamente a los hogares más pobres. Eso incluyó 670 mil millones en créditos para pequeñas empresas, 350 mil millones en subsidios al desempleo, un cheque por 1 200 dólares para todas las familias bajo la línea de pobreza, y un bono a los salarios de los trabajadores de la salud. A

eso hay que agregar 70 mil millones en pagos directos a granjeros pequeños y medianos afectados por la guerra comercial con China. De ahí que sus porcentajes de votantes aumentaron entre trabajadores y desempleados, entre granjeros, entre mexicanos de Texas y Arizona, entre afroestadounidenses de Michigan e Illinois. Todo esto se sustenta en un proyecto político con firmes bases en la cultura estadounidense: el racismo, el nacionalismo, el machismo, la xenofobia. Pero eso no quita que lejos de ser «tontos», muchísimos votaron por lo que más se acercaba a sus intereses.

Por eso, y por mucho que nos cueste admitirlo, el trumpismo llegó para quedarse. En 2022, según diversas encuestas publicadas por el sitio *RealClearPolitics* (*Favorability Ratings: Political Leaders*), Trump continuaba siendo el dirigente con mayor nivel de adhesión en Estados Unidos: 43 %, contra 38 % de Biden, 40 % de Kamala Harris, y 32 % de la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi. Es la punta del iceberg de una profunda crisis política norteamericana. El mero hecho de que se insistiera en la victoria de Biden, sin investigar las múltiples acusaciones en su contra, no puede hacer más que profundizar esta crisis. Políticamente, hoy por hoy, Estados Unidos es una olla a presión, que puede estallar en cualquier momento.

Nuestro objetivo aquí ha sido retomar y profundizar los planteos que venimos estudiando hace ya varias décadas. Así, uno de los temas que recorre esta propuesta es el «deterioro o la declinación de la hegemonía y el poder de Estados Unidos». Este concepto siempre es relativo. El deterioro de un poder implica que este tiene problemas, o es menor, que en algún punto de referencia. El poder estadounidense era omnímodo en 1992, más por la debilidad de las otras potencias que por virtudes propias. En cambio, en 2008 sus problemas económicos, sus fracasos militares, el estancamiento de la propuesta del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), sus dificultades con sus aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), más la emergencia de competidores nuevos o la reaparición de algunos viejos, implicaban claros límites a este poder. Al mismo tiempo, esto no implica decir que Estados Unidos es «un tigre de papel» o que está a punto de colapsar como potencia mundial. Nada más distante de la realidad. Lo que sí significa es que en los más de treinta años desde el colapso de

la Unión Soviética, se encuentra ante una situación sumamente compleja, que ha afectado todos los aspectos de su sociedad, desde su política exterior hasta sus expresiones culturales e ideología.

Así, la intención de este libro ha sido convocar autores que exploran estos cambios y discuten la posible decadencia, sin necesariamente coincidir unánimemente con esta perspectiva, en diversos aspectos y temas. Los trabajos que se reúnen a continuación son de distinto género y debaten los cambios que se vienen produciendo en la economía, la política, la cultura, la sociedad y en la actuación de Estados Unidos en un orden internacional en proceso de cambio.

En la primera sección, se abordan cuestiones centrales a definir, los factores constituyentes y elementos que influyeron en la conformación de lo que denominamos *trumpismo*. Pablo Pozzi nos ofrece una introducción a los elementos constitutivos que dan forma al sistema político estadounidense actual, la influencia del avance de la popular ultraderecha autoritaria y la profundización de la crisis del capitalismo, para plantearnos la importante –y no tan actual– pregunta de en qué medida podemos hablar de Trump como una expresión de un fascismo estadounidense. Seguidamente, Agustín Molina y Vedia subsume las múltiples reflexiones sobre el ascenso político de Trump bajo tres corrientes interpretativas acerca de las características y tendencias de esta sociedad en el último medio siglo, para ofrecernos un balance que nos aproxima al significado de ese ciclo político y sus implicancias para el porvenir. A continuación, Ernesto López Domínguez propone un acercamiento al populismo de derecha estadounidense del siglo XXI, avanzando explicaciones para su emergencia. Desde una mirada de proceso histórico, el autor afirma que el surgimiento de este particular populismo del nuevo siglo se ha producido por los cambios estructurales en el capitalismo local que se ha visto catalizado por la crisis de 2007-2009.

Poniendo en primer plano la central cuestión del supremacismo y del racismo estructural, Ana Laura Bochicchio y Valeria L. Carbone abordan dimensiones estructurantes del devenir histórico estadounidense que explican la dinámica de la sociedad actual. Bochicchio analiza cómo un fenómeno que ha existido en el país desde sus orígenes, el extremismo de derecha racista, ha adoptado

un particular «estilo paranoide» que se encuentra intrínsecamente relacionado con la política hegemónica de Estados Unidos. La autora pone el énfasis en la relación de Donald Trump con las agrupaciones de derecha extremistas durante su mandato y analiza el surgimiento de una nueva teoría conspirativa, denominada QAnon, cuyos adherentes se sienten representados por el ex presidente. Valeria L. Carbone, por su parte, se enfoca en el análisis de la forma más actual que adoptó el movimiento negro estadounidense, el *Black Lives Matter*, sus características intrínsecas, formas de lucha y reivindicaciones en un contexto de reforzamiento del racismo estructural y de la consolidación de la particular forma que adoptó la ideología racial en el siglo XXI con el trumpismo.

En la segunda sección, Marcelo Raimundo propone analizar distintos aspectos que hacen a la situación de la clase trabajadora estadounidense luego de la gran crisis económica de 2008. Partiendo de registrar una serie de cambios que manifiestan su composición demográfica y económica a principios del presente siglo, el autor busca ponderar su impacto en el movimiento sindical y la evolución de las luchas laborales, escrutando novedosas respuestas organizativas y formas de acción, especialmente en las ramas más dinámicas de la economía. A partir de un enriquecedor diálogo en formato de entrevista, Joaquina de Donato y el reconocido historiador del mundo del trabajo, Bruce Lauri, reflexionan sobre la situación de la clase trabajadora y el movimiento obrero organizado, el rol de la burocracia sindical y su relación tanto con el gobierno como con las bases, cómo la pandemia ha afectado las luchas del movimiento de trabajadores y el sindicalismo, cuál es el grado de identificación de estos sectores con figuras como Donald J. Trump y si la izquierda representa (o no) una alternativa para estos, su cultura, «sentido común» y reivindicaciones. También abordando la cuestión de los trabajadores, pero poniendo en primer plano la problemática de los migrantes, Dalia González Delgado nos ofrece un acercamiento a la evolución de la política migratoria en Estados Unidos. Desde una mirada que considera desde la formación de la nación hasta la presidencia de Donald Trump, la autora caracteriza las principales legislaciones migratorias y sus condicionantes para encontrar patrones de larga duración que se repiten a través del tiempo.

La tercera sección se aboca al análisis de temas que hacen a la política exterior estadounidense en el complejo escenario del orden internacional del siglo XXI. En un estudio que hecha luz sobre la política doméstica, Anabella Busso analiza el declive de la hegemonía de Estados Unidos considerando el crecimiento de China a la luz de causas domésticas. La autora pondera que la visión globalista de Barack Obama, las propuestas de derecha alternativa de Trump y el intento de Joe Biden por recuperar el espíritu rooseveliano y el *embedded liberalism* son distintos ensayos para frenar tanto la decadencia estadounidense como el ascenso de otras potencias que tomen su lugar.

A continuación, el historiador brasileño Sidnei Munhoz analiza diferentes aristas que hacen a los desafíos para la política exterior de Estados Unidos planteados a partir de la intervención en Afganistán, que complejizaron el rol de la potencia en Asia Central a finales del siglo XX y principios del XXI. Sumando al análisis de Munhoz, Valeria Carbone propone un ensayo en el que valora las implicancias de la intervención de Estados Unidos en Afganistán y la pesada herencia de dos décadas de «lucha contra el terrorismo» en el marco del acuerdo firmado por Donald Trump en 2020 y el retiro de tropas del territorio en 2021. Finalmente, en «La guerra de Ucrania y el Torneo en las Sombras», Pablo Pozzi se enfoca en el significado del conflicto que en 2022 estalló entre Ucrania y Rusia, el rol de Estados Unidos en la complejización de la relación entre las partes, y sus implicancias en la mirada y dinámicas macro del nuevo tablero del orden internacional.

Esperamos a partir de esta propuesta interdisciplinaria y transnacional, establecer problemas, proponer discusiones y plantear interrogantes a partir de los cuales podremos desarrollar un conocimiento e intercambio genuino, poniendo en primer plano una lectura y perspectiva latinoamericana sobre los Estados Unidos actual.

Referencias

BEEMAN, ANGIE, *Why Doesn't Middle America Trust Hillary? She Thinks She's Better Than Us and We Know It*, 26 de julio de 2016, disponible en <<http://www.counterpunch.org/2016/07/26/why-doesnt-middle->>

- america-trust-hillary-she-thinks-shes-better-than-us-and-we-know-it>, referencia citada en página XII.
- DESLIVER, DREW, *Turnout Soared in 2020 As Nearly Two-Thirds of Eligible U.S. Voters Cast Ballots for President*, 28 de enero de 2021, disponible en <<https://www.pewresearch.org/fact-tank/2021/01/28/turnout-soared-in-2020-as-nearly-two-thirds-of-eligible-u-s-voters-cast-ballots-for-president>>, referencia citada en página XIV.
- DIMITROV, GIORGI, «La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional Comunista en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo», en *VII Congreso de la Internacional Comunista, Fascismo, democracia y frente popular*, Ciudad de México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1984, referencia citada en página X.
- HARRIS, JOHN; JOHN DOMOKOS; NOAH PAYNE-FRANK y MUSTAFA KHALILI, «Why People Vote Trump», *The Guardian* (12 de mayo de 2016), disponible en <<http://www.theguardian.com/commentisfree/video/2016/may/12/why-people-vote-donald-trump-indiana-death-american-dream-video>>, referencia citada en página XII.
- JEFFREY ST, CLAIR, *Roaming Charges. Whotelash, White heat*, 11 de noviembre de 2016, disponible en <<https://www.counterpunch.org/2016/11/11/roaming-charges-whitelash-white-heat>>, referencia citada en página XI.
- LEMIEUX, JAMILAH, «Why I'm Skipping the Women's March on Washington», *Colorlines* (17 de enero de 2017), disponible en <<https://www.colorlines.com/articles/why-im-skipping-womens-march-washington-op-ed>>, referencia citada en página XI.
- STEWART, HEATHER, «We are in the worst financial crisis since Depression, says IMF», *The Guardian* (10 de abril de 2008), disponible en <<https://www.theguardian.com/business/2008/apr/10/useconomy.subprimecrisis>>, referencia citada en página IX.
- THE AMERICAN HERITAGE, *Dictionary of the English Language*, 5.^a ed., Boston: Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company, 2015, referencia citada en página X.